

Palomas sobre Varsovia

Efraín Huerta

PALOMAS SOBRE VARSOVIA

I

El Vístula nos tiró un lazo de amor
y en él caímos.
Después no lo querían creer mis ojos.
He llegado a la ciudad al amparo
de los ángeles de mosaico que dan la hora en el Salón
de Varsovia,
al amparo de un misterioso búho de piedra,
a la sombra de la velocidad con que nacen las flores,
junto a la vendedora con su gallo en brazos y los ojos
de eterna pensativa,
pasando al lado de la nueva y fina columna de
Segismundo
que se alza

frente a los siglos silenciosos de la vieja Varsovia
renacida
de sus propios ladrillos;
y la catedral que vuelve ya los ojos al cielo,

Material protegido por derechos de auto

y el negro que no se sabe si sonrío o si está a punto de
llorar
de pena;
la muralla que crece, torre a torre,
y más lejos, Kilinski, el zapatero, digno y amenazante;
la ciudad arrasada y, de pronto,
el recuerdo de Walter bebiendo ansiosamente el agua de
su río
bajo un millón de balas enemigas;
y el barrio de Muranow,
esculpido sobre las cenizas y los huesos del Ghetto,

cimentado sobre sollozos y angustia,
y luego, más adentro, sobre la calle Stalin,
Chopin que no aparece, Chopin secuestrado, espectral,
 inmóvil en su cielo,
y los libros y los castaños en flor,
y las hiedras escalando las ruinas,
y las estatuas tronchadas por el acero,
y por fin la juventud de Chopin que despierta en la
 pantalla
 de un pequeño cine,
radiante y luminosa como la esencia del pueblo,
y, bajo el crepúsculo, mirando hacia la Universidad,
Copérnico de bronce y aire, de sabiduría y genio,
y otro momento después los acordes de magia
(un torrente de pianos amarillos y violines en plena
 adolescencia),
y los arquitectos e ingenieros que no descansan,
y en los clubes la gente lee y fuma, altiva y orgullosa,
y una pequeña joven, igual a un tulipán, o a una rosa,
que me pide mi firma sobre un cuaderno escolar
y se aleja lentamente llena de azules, como un manual de
 geografía.

Material protegido por derechos de autor

II

Esto veo en Varsovia, este día de mayo,
recién llegado de los alrededores del Kremlin.
Esto me está pareciendo Varsovia, la bella sirena
 mutilada.
Varsovia que parece un jardín de asesinatos,
Varsovia que se arranca el alma y la echa al río,
Varsovia con el alma en los ríos de sus nuevas calles

y avenidas.

Varsovia socializada, hecha cristal por los campeones del trabajo.

Varsovia juvenil que no se ha dado por vencida.

Varsovia que fue arrancada de raíz.

Varsovia que fue una estatua de polvo.

Varsovia que se abrió la camisa y se dispuso a renacer, a vivir la danza y a mirarse nuevamente en el Vístula.

¡Magnífica Varsovia! ¡Magnífica la perla que en tu corazón late!

Magnífica, reverdecida, monumento a la paz.

Varsovia del nuevo pan,

de la increíble sinfonía, de los pianos despiertos a toda hora

y del tulipán que se multiplica como un himno.

Latitud que mis ojos no querían creer
y que llegó a mi lado tendiéndome la mano,
rodeada de castaños y de tilos,
henchida de sonoros martillazos, de golpes de cincel
y de purísima madera finamente labrada.

Te escribo sobre la marcha, poseído por las lágrimas y la esperanza.

Te veo crecer, te oigo crecer como a la hierba,
ciudad preñada de siglos, madre de los albañiles,
madre del mármol y del hierro, de los nuevos árboles
y de las canteras que suenan a gloria.

Material protegido por derechos de autor

Las palomas, aquí, abren sus alas y reinventan el ritmo
del
amor,

mientras el joven ingeniero, rubio cabello al sol,
ordena y dicta el turno de las próximas horas.

En un ala
de la ciudad, bajo los escombros,
millares de judíos dicen el salmo de la muerte;
y un llanto espeso como una maldición
brilla sobre el granito,
resbala sobre el bronce.
Esto es un ala de la paloma.
Lo llamaban el Ghetto.
Tiene el nombre de los huesos cuando se calcinan,
de la sangre cuando se seca,
de las lágrimas cuando ya no tienen tibieza,
de la sonrisa que ya no es húmeda,
del amor que ya no existe,
del martirologio y de la ceniza,
de los sacrificios a Dios,

de la tristeza que ya no cabe en el universo.
Millares de seres humanos: una ciudad,
una montaña de almas y de gritos.
Humo y blasfemias,
granadas,
ametralladoras,
manos y más manos
que hirvieron de un momento a otro
como un infierno de odio y de venganza.
Esto es un ala de la ciudad:
la desolación y el polvo,

Material protegido por derechos de aut

el sombrío monumento,
el cementerio,
pero también los nuevos y brillantes ladrillos,

los siete brazos nuevos del candelabro de oro,
los jardines ya trazados
y las pequeñas flores que surgirán
y las nuevas sonrisas que habrán de venir.
Esto ya no es el Ghetto.
Es ya una mano viva en este cuerpo de Varsovia.
De la ciudad que fue una paloma
y que hoy es mil palomas bajo su propio cielo,
bajo las manos de miel y seda de Halina y su piano
de encantamiento y sueño;
bajo la luz de las nuevas luces
y del porvenir que ilumina los ojos.
¡Magnífica Varsovia,
sereno monumento a la paz,
insignia de victoria!

22-23 de mayo de 1952